

El desafío narrativo en "La Nueva Provincia"

Lo que se cuenta en la novela es el modo de contar que trasunta un ámbito.

Por Benjamín Rojas Piña

1937

No sólo el contenido de sucesos (historia) puede constituir un relato. Como respuesta a la premonición de la "muerte de la novela", los novelistas han

barajado formas y estructuras más complejas en el plano del discurso. Si en el caso de **La Nueva Provincia** (México, Fondo de Cultura Económica, 1987, Colección Tierra Firme) la historia es reducida, su lectura abre una amplitud de sentidos. El narrador de esta novela desarrolla una manera peculiar de contar, ambigua en sus inicios, que cobra fuerzas y termina por ganarnos la partida.

A mi memoria acuden unas palabras de Azorín, sí, el mismo de **La voluntad**, quien decía hacer "novela de la nada".

Pareciera no haber desafío mayor. **La Nueva Provincia**, pensada y escrita por Andrés Gallardo (cuentista, novelista, lingüista y profesor chileno, 1941), es, pues, un desafío. No tan simple, por cierto, ni de hechos tradicionales por lo de "nueva", sino más que nada por el desafío de un narrador enfrentado al lector-tipo que nos circunda en esta década, ese lector deformado por las

teleseries, **best-sellers** o magazinescas novelas del amor y las mujeres. Para el lector desacostumbrado al tiempo mediativo, colocado entremedio de ruidos, clips, agitaciones, chicles y demases -todos acompañantes sintomáticos de la tensión y el desequilibrio-, un arte de novelar conversado es una intromisión insolente.

Aquí nace lo fascinante de **La Nueva Provincia**: una técnica de la conversación, *despaciosa, humana por tanto*, escanciada con vinos, con el coro de voces (dijo, parece-que-dijo, le-dijo, etc) que captura el diario hablar chilensis (no sólo el de la provincia, también el de otros lugares posibles). En el lenguaje y en el tono reside la "criolledad" de esta novela. Hay manejo de mundo, espacio, tiempo y tres personajes centrales

construidos por el "decir". De los 24 capítulos puede abstraerse una actitud narrativa de entre aguas, otro acierto sobre el decir chileno: el "cronista", con la apariencia objetiva, se convierte en el inductor de la realidad, los personajes, la conducta de ellos y, por consiguiente, de su hablar e intencionalidad. Los rótulos capitulares son demarcadores y connotantes que desmienten todo anhelo de objetividad de la experiencia pretendidamente real. En este sentido, ese "como no podía ser de otro modo, termina del modo como en él se cuenta" del último capítulo, encierra la factura del mundo allí establecido. Se trata de una contraparte de la asunción tradicional de la narrativa mundonovista, que ha consagrado, con pocas excepciones, la transposición verista del lugar y el realce del detalle por encima de los acontecimientos escuetos. Más de un siglo y cuarto del realismo blestganiano y otros, y más de cincuenta años de la oleada nativista (escritores como Víctor Domingo Silva, Maluenda, Latorre, Santiván, Luis Durand, Marta Brunet y Lautaro Yankas, entre varios) quedan desplazados en un intento discursivo por penetrar más allá de lo temático y autóctono. El modo como se cuenta en **La Nueva Provincia** es fundante, quizás antinovela, parodia de historias que están al lado de afuera de una "historia que se nos dice".

Lo vivido por los tres amigos -Gaspar Cifuentes en calidad de Presidente republicano, Melchor Meneses como Ministro del Interior, y Baltasar Plasencia, hacendado rico y buen comerciante, en su condición de Ministro de las Relaciones Externas de la mínima República- debe concluir naturalmente como concluye. De no ser así, debería continuar con una imposible involución al pasado. La idea insensata del trío contrahace alegórica y míticamente la historia de la "otra república". En ello se hacen pares las historias. En el modo de decir del narrador, incisivo, moroso no de hechos sino en la descripción de frases, expositor de los constructos del sentir y pensar de cada uno de los participantes, portavoz de la expresión sencilla, de los gestos recargados de la cotidianidad social, se esconde -en rigor- una pasión mesurada, una inocua locura. Se configura así una especie humana vista por la otra cara, de nueva dimensión, aquella que es capaz de acariciar ideas sin renuncios impuestos, la capaz de compartir afectos, medir la nostalgia o el fracaso, aquella que incorpora el sentir del paso del tiempo y de las transformaciones, incluso que puede hacer suyas las pausas y el dolido callar



"En la ficción de Andrés Gallardo viven los seres de la tertulia, esa buena conversa nativa..."

(¿será más bien una "envejecida sabiduría?").

El que la "literatura" intervenga en el proceso de los cambios es otro rasgo significativo que aparece revestido del carácter reflexivo, pero ganoso y oblicuo, del narrador. Los sentidos de la literatura comienzan a tejerse paródicamente en medio de una batalla harta compleja de niveles y valores. Por una parte, generacional -la pugna padre- hija, el momento histórico concreto de la reestructuración de las familias, etc.; por la otra, de gustos: canto épico versus antipoema parriano, o bien, el instante tópic del "redescubrimiento de las raíces del hombre americano". En ese contexto, la hija María Primavera (la típica intelectual-estudiante de los años sesenta) opina sentenciosa: "Coelemu no da ni para una novela criollista" (pág. 54) y se las ingenia para dejar en las manos de su padre, don Gaspar, los **Versos de salón** de Parra, los que no hacen más que desvelar al empecinado patriarca coelemano, alterándole su vida. Ante los

versos "Tengo unas ganas locas de gritar /viva la Cordillera de los Andes" y el resto, se imprime el panfleto insurgente que dice; "¡Viva la Cordillera de la Costa! ¡Muera la Cordillera de los Andes!" (pág. 58). La literatura es la que permite acceder a una nueva realidad.

Lo que se cuenta en la novela es el modo de contar que trasunta un ámbito y que, tras tanta historia -tantas como sea concebir el correr de las aguas bajo los puentes-, instaura un rito y se convierte en camino hacia la nostalgia acompañada de una leve ironización de aquello que ha ido feneciendo -a medida que ese mismo tiempo corria- a la manera de Cervantes. Si en otro mago de la ficción narrativa, Juan Rulfo, viven los seres del Purgatorio, en la ficción de Andrés Gallardo viven los seres de la Tertulia, esa "buena conversa" nativa, en un ámbito predicado como el que "se prestaba para hablar sobre las cosas de la vida" (pág.7). ¿Quién sabe dónde encontrarlo?, pregunto desde mi rincón de lector.